

HOY ES EL AYER

Otro lunes... vuelve a sonar el epiléptico despertador a las siete y media, como todos los días, exceptuando por supuesto los fines de semana... sino, no sé que sería de mí. Otro más, la monotonía me consume. Todas las mañanas ver amanecer camino de la escuela. El cielo hoy sonreía, y las aves disfrutaban con el frescor que dejaba el viento a su paso. El sol se desperezaba desprendiendo rayos del color del fuego, un amarillo lúcido y un tono naranja cálido, dando color esperanza a la fauna y mostrando el pueblo en su mayor esplendor por esta época de primavera.

Una vez en la escuela, aquellas seis horas que debían ser dedicadas a los estudios, para mí se transformaban cada día en una pista hacia el soñar despierta. Volaba raso a través de mis sueños y deseos, planeando sin limitaciones, sola, ¿cómo si no? Y lo único que podía hacerme reaccionar era el timbre de última hora que despertaba las ansias de volver a casa.

Otro día monótono pasó de largo, llevándose consigo consejos de versatilidad e intentos fallidos de hacerme abandonar las cuatro paredes que me envolvían cada día.

Martes, aunque ni siquiera sabía que lo era. El ambiente hoy no estaba por la labor de levantar el ánimo, aunque los días de lluvia son mis preferidos. Las calles están vacías y sientes como si todo estuviese hecho exclusivamente para ti. Cada gota que cae en mi hombro por detrás es como si lo hiciese para llamar mi atención. Y la ropa pesa, pero yo me siento cada vez más ligera.

Sentí una extraña sensación de "déjà-vu", pero me limité a seguir mi camino.

Después de un largo paseo disfrutando de la humedad soleada, volví a la realidad tras pisar el primer escalón hacia la inmensa pista. Me aguardaba un día no menos estridente cuando todos interrumpieron el despegue con un ¡FELIZ CUMPLEAÑOS!

Un día sin más te das cuenta de que la vida a veces transcurre como horas y otras como décimas de segundo. ¿Qué cambia un

cumpleaños? ¿Acaso los problemas dejan de serlo? ¿Quizás se interrumpen las clases? ¿Los estudios? No, y sin embargo irrumpiendo la libertad de mi utopía. ¿Por qué se empeñaba la gente en celebrar ese día? Se supone que tendría que ser especial para mí y ¿si no lo es? ¡qué no insistan! Un año menos... ¡Vaya motivo de celebración! En fin... Un sin vivir de amarguras.

De nuevo en casa. Parecía que todo iba a volver a la calma, que el día tan sólo iba a desaparecer con el ocaso y el primer brillo de una estrella, como todos los demás. Volví dispuesta a tirarme en la cama, dormirme acurrucada por la pianística música procedente de mi viejo reproductor y descansar e intentar dejar atrás este putrefacto día. Pero ¿por qué iban a ser órdenes mis deseos para el devenir

Y en efecto, oí un murmullo que provenía del salón. Tarareaban la típica melodía de tal día como hoy, aquella que me irritaba año tras año y de la cual era imposible deshacerse. Y la maldije, maldije mil veces la atención que me prestaban.

Abuelos, tíos, primos, vecinos... Pero ¿qué es todo esto? Decenas de globos, regalos, papelillos de colores colgados de las lámparas... Frente a mí, el balcón, y se me pasaron por la cabeza un par de ideas que recapacitando decidí dejar atrás. Respiré hondo y me dije a mi misma poco convencida que no iba a convertir aquello en algo peor de lo que ya era.

Cuando acabó aquella pesadilla fui directa a mi madre. Aquello terminó con mi mítico portazo y tras él un eco que me informaba sobre mi próximo castigo a causa de éste.

Tras él vinieron mis hermanos a felicitarme y ofrecerme sus regalos.

-¡No los quiero! ¡Largaos!

Hicieron además de seguir hablando, pero antes de gesticular palabra les volví a decir que se marchasen...

¡Por fin! Se fueron...

Creí haberme quedado dormida cuando la extraña brisa de la noche me despertó de un leve sueño. Estaba cansada, sentía como si cada órgano de mi cuerpo pesase una tonelada. Me dirigí al cuarto de baño... Todos estaban profundamente dormidos, nadie andaba por la casa.

Tras enjuagarme la cara y secarme con la toalla me sentí bastante más aliviada.

Levanté la cabeza y enfrente, el espejo me mostró envejecida. Parpadeé y volví a mirar, no... no era fruto de mi imaginación. En aquel momento se me dispararon las pulsaciones y comencé a palparme la cara histérica. Mis manos, mi rostro, mis pechos... había envejecido de repente, estaban rugosos y la piel áspera.

Salí corriendo del cuarto de baño.

- ¡MAMÁ!, ¡PAPÁ!

Pero nadie contestaba Exaltada recorrí cada habitación de la casa y ninguno se hallaba en la suya... todos habían desaparecido. Comenzaba a agobiarme... sentía como las paredes de aquella habitación fuesen juntándose lenta pero progresivamente. La luz se iba desvaneciendo poco a poco y podía oír los latidos de mi corazón como una persecución de alguien que se esconde para atraparte.

"No pasa nada", me dije repentinamente, "no pasa nada. Habrá ocurrido algo y no querrían despertarme, enseguida volverán". Pero estas palabras no fueron suficientes para mi llanto y angustia. De pronto, a lo lejos, oí unas voces provenientes del salón. Acudían al baño aprisa. Dos señoras aparecieron de repente frente a mí.

- Señora cálmese - dijo una de ellas, la más joven a mi parecer.
- ¿iSeñora!? ¿iQuién es usted!? ¿iY mi familia!? ¿iDónde están todos!?
- ¿iMe han dejado sola!?

Cada frese encogía aún más mi corazón, tan sólo la idea de que aquello pudiese haber pasado realmente, impedía al aire acomodarse en mis pulmones y en ocasiones, ni siquiera llegar a ellos.

-¡Mamá! - grité exaltada.- ¡Mamá, soy yo!

Y en aquel momento, mientras preguntaba con débiles fuerzas por última vez dónde estaban mis padres, sentí que mi cuerpo me abandonaba, que cada segundo era demasiado tiempo para intentar sobrellevar aquella situación.

-Señora, sus padres murieron hace más de treinta años.

De repente dejé de llorar, todo mi cuerpo quedó bloqueado ante semejante atrocidad. Perdí los cinco sentidos en el mismo momento en el que continuó imprecando que mis hermanos también habían fallecido hacia diez y tres años.

No podía ni tan siquiera imaginar que en sus palabras se hallase un ápice de verdad. Pero un minuto me bastó para darme cuenta de que yo no era la misma y que tal vez ellos, muy a mi pesar, tampoco.

Caí rendida ante el cansancio.

Desperté en una habitación con un aroma entristecido. Allí se encontraba la misma señora dormida a los pies de mi cama.

Eché un vistazo a la habitación alumbrada por el sol de la mañana. Ya había amanecido y de la misma manera que aquel día que recuerdo como un sueño, los rayos análogos del sol alumbraban ahora, en lugar de un precioso paisaje, decenas de fotografías enmarcadas y colgadas en la pared.

Vi pasar mi vida como si de un breve cuento se tratase.

Despertó, me miró fijamente a los ojos y con un toque de incertidumbre en la mirada torció el gesto. Entonces lo

comprendí todo. Con una sonrisa cansada pero sincera, mis envejecidos ojos asintieron. Me abrazó y dos lágrimas recorrieron su rostro. En ese momento tuve un instante de lucidez y la realidad volvió a invadirme de nuevo.

Mi hija era mi verdadera causa. Mis padres... mis hermanos... Aquella fiesta de cumpleaños, todo formaba ya parte del pasado, aquellos maravillosos amaneceres quedaron impresos en mi memoria. Ellos se habían marchado y a mí aún me quedaba, al menos, un crepúsculo más por el que observar maravillada el cielo.

Y te das cuenta que sólo con el tiempo comprendes, que realmente no te dabas tanta cuenta como creías... Los días pasan. A veces parece que la vida se nos echa encima, pero muchas otras somos nosotros los que dejamos escapar cada momento esperando más y más de ella, desaprovechando las oportunidades que nos brinda, desaprovechando cada segundo sin cumplir sueños. Y con mi historia tan solo pretendo que comprendáis que cada cosa tiene su momento, que cada persona que os acompaña tiene su función en vuestra vida y que no estará presente todo el camino. Quiero deciros que compartáis amaneceres, sonrisas, abrazos y sabiduría porque hoy es el futuro, porque hoy es lo que habéis construido del ayer.

CHARO SEGOVIA BROME, 15 AÑOS
IES La Rábida
Huelva